

JUSTO SIERRA Y SUS OBRAS

POR EL DOCTOR FRANCISCO MONTERDE

La tarea más urgente que México debe emprender para honrar a sus mejores hijos, en el campo de las letras, es la de reunir y publicar sus obras; porque mientras no se conozcan éstas, en conjunto, cualquier figura —por preclara que sea— quedará en condiciones de inferioridad, en relación con las análogas de otros países del continente americano.

Lo que han hecho la República Argentina con la obra de Domingo F. Sarmiento, el país chileno con la obra de su hijo adoptivo el venezolano Andrés Bello, Puerto Rico al ofrecer reunidas las obras de Eugenio María de Hostos; lo que acaba de hacer Cuba, con la obra de José Martí, va a hacerlo en breve la Universidad Nacional Autónoma de México, al publicar las *Obras completas* del maestro Justo Sierra.

No es significativo tal hecho, sólo porque constituye el homenaje más digno que podía rendir nuestra Universidad, al maestro que la restableció y que al hacerlo prolongó, sobre cimientos firmes, una antigua tradición de cultura patria, que habían cortado las revueltas pasiones del siglo XIX.

Si fuera únicamente eso: una prueba de gratitud de la más alta institución educativa de México, hacia quien la revivificó en bien orientado esfuerzo, no por ello sería menos loable la actitud, menos merecedora de aplauso.

Pero no se trata simplemente de afirmar, con una serie de sólidos volúmenes, un prestigio que el maestro Justo Sierra consolidó, en vida, con su ejemplo; ni de formar, con una pila de gruesos tomos, el pedestal de una estatua que hace tiempo se irguió, no solamente fundida en bronce perdurable, sino también fundada en la veneración de quienes fueron sus discípulos y colaboradores.

Con la publicación, ya inminente, de las *Obras completas* de Justo Sierra, que la Universidad Nacional de México realizará, en ocasión del primer centenario del

nacimiento del maestro a quien debe su existencia, no sólo se hará un acto de justicia a su memoria: se proporcionará el medio de conocer ampliamente al pensador ilustre, en todas sus múltiples facetas.

La mayoría de los escritores mexicanos del pasado, mediato o inmediato —y el maestro Justo Sierra se halla entre ellos, por derecho propio, en primera fila—, están expuestos, por deficiencias editoriales y bibliográficas: deficiencias de información, en general, a que alternativamente, y a veces la misma pluma, los exalte y desdeñe, según el sentir del instante fugitivo, sin total conocimiento de su obra.

Los juicios, laudatorios a veces, iconoclastas otras —según la dirección, frecuentemente contraria al viento dominante, por razones de singularización—, se basan en recuerdos personales que el tiempo va haciendo borrosos; en lecturas remotas y fragmentarias; en el conocimiento parcial, en el mejor de los casos, de un libro de juventud, intermitentemente leído.

Solamente la edición de las *Obras completas* —la primera completa, no sólo de las obras del maestro Justo Sierra sino de un escritor mexicano, que va a realizarse en México— permitirá al lector, al investigador, al devoto, abarcar, en visión panorámica, la obra del escritor ilustre.

El maestro Justo Sierra figura con honor en las letras mexicanas —al lado de sus antecesores, los maestros Ignacio Ramírez e Ignacio M. Altamirano, de quienes fué indudable continuador, por la huela que supo marcar en los espíritus de su tiempo—, entre los destacados polígrafos de fines del siglo pasado y principios del presente.

Aunque mostró desde su juventud preferencias por la historia y sus preocupaciones de educador, en él firmemente arraigadas —antes y después de que fuera Secretario de Instrucción Pública—, le condujeron a la sociología, el maestro Sierra, que fué por vocación periodista, se reveló primeramente

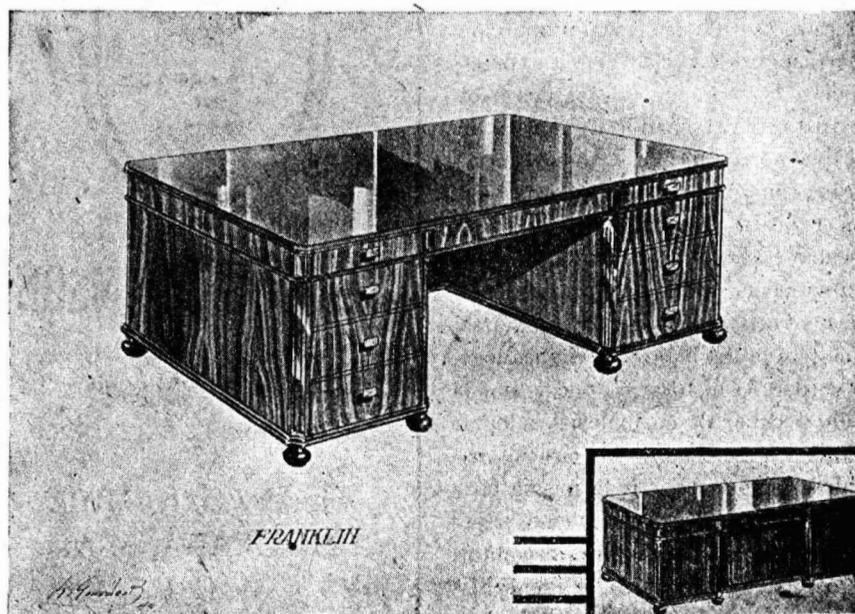
como poeta y orador que se impuso desde la cátedra y en la tribuna parlamentaria.

Quien esto escribe, recuerda que lo escuchó, hace unas cuatro décadas, en circunstancias inolvidables: al hacer en "El Generalito" de la Escuela Nacional Preparatoria, profesión de fe espiritualista, en velada que presidía con don Porfirio Parra —a quien invitó entonces a tomar nueva dirección filosófica—; volvió a escucharle, por los días del Centenario de la Independencia, y en ambas ocasiones sintió el dominio de las palabras, del ademán y las ideas.

Quien partió de la poesía, en la adolescencia aún, con "Playeras", como iniciador indiscutible del modernismo literario en Hispanoamérica —antes de que prefiriera al torrencial Víctor Hugo y al plástico José María de Heredia, cuyos parnasianos sonetos vertió magníficamente—; quien llegó, en plenitud mental, por una parte al tratado de amplio aliento y, por otra, a la diáfana sinceridad de sus confidencias epistolares, cruzó en la mocedad, sin perderse, por el bosque de la novela y el cuento —románticos aquélla y éste—, e intentó, emotivamente, el teatro. Después dió agilidad a las impresiones de viaje, y al ensayo crítico y literario, en el que —al entretener la narración y la crónica— no se halla lejos del flexible Gutiérrez Nájera, en quien la crónica finisecular culminaría, antes de renacer con Urbina y los actuales continuadores de ese género que debe a Francia su imperio persistente.

Todo esto, unido a las preocupaciones educativas, fundamentales en quien fué por excelencia el maestro —de discípulos, de amigos, de lectores lejanos—, se hallará al conocer la colección, ya en marcha, de las *Obras completas* del maestro, que comenzarán a aparecer, pulcramente editadas por la Universidad Nacional de México, en el mismo mes en que se conmemora el centenario de Justo Sierra.

REYES Y CATALA, S. A.



Unicos especialistas EN MUEBLES FINOS PARA OFICINA

Palma, 30 Tels.: 12-90-40 y Mex. 36-22-40 MÉXICO, D. F.